

PETER MAY

ENTRY ISLAND

Traducción del inglés de
Cristina Martín Sanz



Título original: *Entry Island*

Ilustración de la cubierta: © Compañía

Copyright © Peter May, 2014

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-11-1

Depósito legal: B-111-2016

1ª edición, enero de 2016

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

A Denis y Naomi

Gus am bris an latha agus an teich na sgàilean.
«Hasta que llegue el día y se desvanezcan las
sombras.»

Cantar de los Cantares 4, 6
(Utilizado a menudo en las esuelas gaélicas)

PRÓLOGO

Resulta evidente, por el modo en que están insertadas las piedras en la falda de la colina, que este sendero fue construido por unas manos que trabajaron con ahínco. Ahora está cubierto de maleza, y a un lado se aprecia vagamente el hueco de una acequia. El hombre va bajando por él con cuidado, en dirección a lo que queda de la aldea, perseguido por la extrañísima sensación de estar volviendo sobre sus propios pasos. Y ello a pesar de que es la primera vez que viene a este lugar.

Siguiendo el contorno de la colina desnuda de árboles, allá arriba, discurre la silueta de un muro de piedra seca derruido. El hombre sabe que, al otro lado, hay una media luna de arena color plata que se extiende hacia el cementerio y las moles de piedra que descansan, verticales, en lo alto del cerro. A sus pies se distinguen a duras penas los cimientos de varias casas, entre el suelo de turba y la alta hierba que se mece y cabecea al viento: el último vestigio de unas paredes que antaño cobijaron a las familias que vivieron y murieron aquí.

El hombre sigue el sendero que avanza entre las ruinas, en dirección a la playa de guijarros, en la que una desigual hilera de piedras toscamente talladas desaparece entre las olas que arrojan su espuma contra la orilla, resoplando y escupiendo. Esa hilera de piedras es lo único que queda de la pretensión, ya olvidada hace mucho tiempo, de construir un embarcadero.

Puede que, por aquel entonces, hubiera aquí unas diez o doce casas. Sus techumbres de paja se combaban sobre los gruesos muros de piedra, y por las grietas y las hendiduras que había en ellas escapaba un humo de turba que enseguida se disipaba en el viento helado de los temporales de invierno. Al llegar al corazón de la aldea, el hombre se detiene para rememorar el lugar exacto en que yacía el viejo Calum, desangrándose con el cráneo abierto, todos sus años de heroísmo borrados de un solo golpe. Se agacha en cuclillas para tocar la tierra, y al hacerlo se siente en conexión directa con la historia, en comunión con los espíritus, porque él mismo es un fantasma que persigue su pasado. Aun así, ese pasado no es el suyo.

Cierra los ojos e imagina cómo debió de ser, qué debió de sentirse, consciente de que aquí es donde comenzó todo, en otra época, en la vida de otra persona.

CAPÍTULO 1

Por la puerta principal de la casa de verano se entraba directamente en el cuarto de estar, después de dejar atrás un mosquitero que había en el porche. Era una estancia grande, y ocupaba la mayor parte de la planta baja de una casa que el asesinado utilizaba para alojar a unos invitados que nunca tenía.

Un estrecho pasillo situado al pie de la escalera llevaba hasta un cuarto de baño y un dormitorio pequeño que había en la parte de atrás de la vivienda. En el salón había una chimenea abierta, enmarcada por un cerco de piedra. El mobiliario era oscuro y macizo, y acaparaba casi todo el espacio disponible. Sime se dijo que, aunque la casa había sido remodelada, aquellos muebles debían de ser los originales. Era como viajar al pasado. Sillones generosos y antiguos provistos de antimacasares, alfombras raídas extendidas sobre unos suelos de tablones desiguales pero recién barnizados, óleos de marcos gruesos colgados en las paredes, y hasta el último centímetro disponible atestado de adornos y fotos familiares. Allí dentro incluso olía a viejo, y aquel olor le trajo a la memoria la casa que tenía su abuela en Scotstown.

Había un cable de color blanco que iba hasta el dormitorio de atrás, donde él pensaba instalar sus monitores. Sime colocó dos cámaras con trípode una junto a la otra y las enfocó hacia el sillón que estaba orientado hacia el ventanal, un lugar en el que la mujer que acababa de enviudar estaría bien

iluminada. Después, situó el sillón donde se sentaría él de espaldas a la ventana para que la mujer no pudiera verle el rostro; sin embargo, él podría captar con toda claridad hasta el más minúsculo gesto que cruzara el semblante de ella.

Oyó un crujido de tablones en el piso de arriba y se volvió hacia la escalera en el preciso instante en que una agente de policía bajaba; la luz le daba de lleno, y su expresión era de desconcierto.

—¿Qué está haciendo?

Sime le explicó que estaban preparándolo todo para la entrevista.

—Supongo que ella está en la planta de arriba —dijo.

La agente asintió con la cabeza.

—Pues entonces dígame que baje —pidió.

Sime permaneció unos momentos junto a la ventana, sosteniendo el visillo hacia un lado, y recordó lo que les dijo el investigador de la policía que conocieron en el único puerro que había en la isla: «Al parecer, fue ella quien lo hizo.» El sol le daba en la cara, de modo que se vio reflejado en el cristal. Observó sus delgadas facciones, tan familiares, y su mata de cabello rubio y tupido. Advirtió el cansancio que reflejaban sus ojos y las sombras que le hundían las mejillas, y de inmediato dirigió la mirada a lo lejos, hacia el mar. La alta hierba del borde del acantilado se zarandeaba empujada por el viento, y los penachos blancos del oleaje recorrían la extensión del golfo, procedentes del suroeste. A lo lejos, divisó un amenazador frente de nubes negras que se formaba con rapidez en el horizonte.

El crujido de la escalera hizo que se volviera de nuevo, y, durante un momento que se le antojó una eternidad, su mundo se detuvo.

La mujer estaba de pie en el último peldaño, con su melena castaña echada hacia atrás. Eso le permitía apreciar las delicadas facciones de su rostro. Tenía el cutis de color claro manchado de sangre seca. Sobre los hombros, llevaba una manta que cubría parcialmente su camisón, también manchado de sangre. Sime observó que era alta y que se mantenía erguida, como si el orgullo le impidiera dejarse acobardar por las circunstancias.

Sus ojos eran azules oscuros, como de cristal tallado, con un cerco casi negro alrededor de las pupilas. Eran unos ojos tristes, llenos de tragedia. Sime se fijó en las ojeras que los bordeaban, producto de las horas que llevaba sin dormir; era como si alguien le hubiera dibujado sendos trazos en las mejillas con el dedo manchado de hollín.

Oyó el lento tictac de un viejo reloj de péndulo que reposaba sobre la chimenea y distinguió un sinfín de motas de polvo suspendidas en la luz que se filtraba oblicuamente por las ventanas. Vio que la mujer movía los labios, aunque no emitía sonido alguno. Los movió en silencio una vez más, formando unas palabras que él no logró oír, hasta que de repente se percató del tono de irritación que traslucía su voz:

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Fue como si alguien hubiera soltado el botón de pausa y el mundo hubiera vuelto a girar. Sin embargo, el sentimiento de confusión persistió.

—Perdone —se disculpó Sime—. ¿Usted es...?

En aquel momento captó el estado de ansiedad de la mujer.

—Soy Kirsty Cowell. Me han dicho que deseaba hacerme unas preguntas.

Y en medio del torbellino que le cegaba los sentidos, se oyó decir a sí mismo:

—Yo la conozco.

La mujer frunció el ceño.

—Me parece que no.

En cambio, Sime estaba seguro de conocerla. No sabía dónde la había visto, ni en qué circunstancias, ni cuándo, pero sabía con absoluta certeza que la conocía. Y, de pronto, el sentimiento que había experimentado a bordo de la avioneta volvió a invadirlo y estuvo a punto de abrumarlo del todo.

CAPÍTULO 2

I

Costaba creer que sólo unas horas antes estuviera tumbado en su cama a más de mil kilómetros de allí, en Montreal, con los brazos y las piernas enredados en las sábanas, sudando donde éstas lo cubrían y helándose en las partes que quedaban desnudas. En aquel momento tenía los ojos llenos de arenilla y la garganta tan reseca que apenas podía tragar saliva.

Durante aquella larga noche había perdido la cuenta del número de veces que había mirado la pantalla digital del reloj de la mesita. Era una necedad, ya lo sabía; cuando uno no puede conciliar el sueño, el tiempo avanza tan despacio como el inequívoco caminar de una tortuga gigante. Y el hecho de contemplar cómo las horas van transcurriendo penosamente sólo sirve para incrementar la frustración y reducir aún más las posibilidades de dormirse. Justo detrás de sus ojos aguardaba un leve dolor de cabeza, como todas las noches; una jaqueca que aumentaba de intensidad conforme se acercaba el amanecer y que lo empujaría hacia el analgésico que burbujearía frenéticamente en el vaso cuando por fin llegara la hora de levantarse.

Al darse la vuelta sobre el costado derecho, vio el espacio vacío que había a su lado y lo sintió como una reprimenda. Un recordatorio constante de su fracaso. Donde antes hubo calor, ahora sólo quedaba un vacío helado. Podría haber ocupado toda la cama con los brazos y las piernas muy abiertos, para entibiarla con el calor de su cuerpo,

pero se sentía atrapado en el lado del colchón en el que tantas veces se había reclinado, callado y tenso, tras una de sus peleas. Unas peleas que, según su parecer, nunca iniciaba él. Y aun así, después de las largas horas de insomnio de las últimas semanas, había empezado a dudar incluso de aquello. Las palabras pronunciadas con tanta dureza se repetían una y otra vez para venir a llenar el lento pasar del tiempo.

Al final, en el preciso instante en que empezaba a sumirse dulcemente en la nada, el agudo timbre del teléfono móvil, que había dejado en la mesita de noche, lo despertó con un sobresalto. ¿De verdad había llegado a quedarse dormido? Se sentó de golpe en la cama y, con el corazón acelerado, miró el reloj: apenas pasaban unos minutos de las tres. Manoteó buscando el interruptor de la luz y, parpadeando al sentir el brillo repentino de la lamparilla, cogió el teléfono.

Desde su apartamento de Saint-Lambert, situado junto al río, se podía tardar hasta noventa minutos, en hora punta, en cruzar el puente de Jacques Cartier hasta la isla de Montreal. Pero, a aquellas horas, el gigantesco entramado de vigas curvadas que se alzaba sobre la isla Santa Helena soportaba tan sólo un delgado reguero de tráfico que atravesaba las lentas aguas del río San Lorenzo.

Rodeado por las luces de numerosos edificios ahora vacíos, tomó la rampa de salida y se incorporó a la avenida de Lorimier. Un poco más adelante, giró en dirección noreste y enfiló la Rue Ontario, con la oscura silueta del Mont Royal dominando el cielo en su espejo retrovisor. El trayecto hasta el número 1701 de la Rue Parthenais duró menos de veinte minutos.

La Sûreté de Police ocupaba un edificio de trece pisos situado en el lado este de la calle, y disfrutaba de vistas al puente, a la emisora de televisión y a la montaña. Sime tomó el ascensor hasta la Division des enquêtes sur les crimes contre la personne, ubicada en la cuarta planta. Siempre le había hecho gracia que la lengua francesa necesitara nueve

palabras cuando la inglesa se arreglaba con una sola. «Homicidios», habrían dicho los estadounidenses.

El capitán Michel McIvir estaba volviendo a su despacho con un café, y Sime lo alcanzó y se puso a caminar a su lado por aquel pasillo lleno de fotografías en blanco y negro —todas enmarcadas— de antiguos escenarios del crimen de los años cincuenta y sesenta. McIvir tenía apenas cuarenta años, sólo unos pocos más que él, pero desprendía un aire de autoridad que Sime sabía que a él nunca le sentaría bien. El capitán observó a su sargento *enquêteur* con mirada sagaz.

—Tienes una cara horrible, Sime.

El agente hizo una mueca.

—Gracias, ahora me siento mucho mejor.

—¿Sigues sin poder dormir?

Sime se encogió de hombros, reacio a reconocer lo grave que era su problema.

—Unos días sí y otros no —contestó, y enseguida cambió de tema—. Bueno, ¿por qué estoy aquí?

—Se ha cometido un asesinato en las islas de la Magdalena, en el golfo de San Lorenzo. —Las llamó por su nombre en francés: les Îles de la Madeleine—. El primero de la historia. Voy a enviar un primer equipo de ocho.

—Pero ¿por qué yo? No estoy en la lista de rotación.

—Sime, ese asesinato ha sido perpetrado en l'Île d'Entrée, más conocida por sus habitantes como Entry Island. Los magdalenenses son francófonos en su mayoría, pero en esa isla hablan únicamente inglés.

Sime asintió con la cabeza, mostrando comprensión.

—Tengo una avioneta aguardando en el aeródromo de Saint Hubert. El vuelo hasta las islas os llevará unas tres horas. Quiero que te encargues tú de dirigir los interrogatorios. Thomas Blanc hará la supervisión. Tu jefe de equipo será el teniente Crozes, y el sargento supervisor Lapointe se ocupará de la administración y la logística. —El capitán titubeó un instante, algo muy poco habitual en él. A Sime no le pasó inadvertido.

—¿Y el investigador especialista en escenarios del crimen? —Lo planteó como una pregunta, pero ya conocía la respuesta.

McIvir apretó los labios en un gesto de tozudez.
—Marie-Ange.

II

El aparato, un King Air B100 con capacidad para trece pasajeros, llevaba más de dos horas y media en el aire. Durante ese tiempo, los ocho integrantes del equipo de agentes enviados a investigar el asesinato que se había cometido en Entry Island apenas habían intercambiado media docena de palabras.

Sime iba sentado delante, solo, muy consciente de todo lo que lo separaba de sus colegas. No era un miembro habitual de aquel equipo, lo habían obligado a formar parte de él únicamente porque hablaba inglés. Los demás eran franceses de origen, todos hablaban inglés en mayor o menor medida, pero ninguno lo dominaba. Sime tenía antepasados escoceses. Habían llegado a Canadá hablando en gaélico, pero en el curso de un par de generaciones prácticamente ninguno hablaba ya su lengua de origen, que había sido reemplazada por el inglés. Después, en los años setenta, el gobierno de Quebec decidió que la lengua oficial fuera el francés, y en el éxodo masivo que tuvo lugar en aquellos años abandonaron dicha provincia medio millón de angloparlantes.

El padre de Sime, sin embargo, se negó a marcharse. Afirmó que sus tatarabuelos se habían labrado un lugar en aquella tierra, y que por nada del mundo iban a obligarlo a dejarla atrás. De modo que la familia Mackenzie se quedó y se adaptó al nuevo mundo francófono, aunque aferrándose a su propio idioma y a sus propias tradiciones. Sime suponía que tenía mucho que agradecerle. En casa, él se sentía igualmente a gusto con el inglés y con el francés; sin embargo, en ese momento, a bordo de aquel vuelo que lo llevaba a investigar un asesinato cometido en un archipiélago lejano, aquel detalle era lo que lo separaba de sus compañeros. Justo lo que siempre había querido evitar.

Miró por la ventanilla y vio el primer resplandor en el cielo, hacia el este. A sus pies sólo se veía el océano, y ya

hacía un rato que habían dejado atrás la boscosa península de la Gaspesia.

De pronto, de la minúscula cabina del piloto emergió la imponente figura del sargento supervisor, con un fajo de papeles en la mano. Él era quien se ocuparía de proveerlos de todo: alojamiento, transporte, requisitos técnicos... Y también quien regresaría con el cadáver de la víctima a Montreal, para que le practicaran la autopsia en el sótano del número 1701 de la Rue Parthenais. Lapointe era un hombre mayor que él, tendría unos cincuenta y tantos, sufría artritis en las manos y lucía un bigote negro y puntiagudo vetado de hebras grises.

—Muy bien —dijo, elevando el tono de voz para que lo oyeran por encima del rugido de los motores—. He hecho una reserva en el hostel Madeli, situado en la isla Cap-aux-Meules. Es la principal isla administrativa, y de ella es de donde zarpa el ferry que va a Entry. El trayecto es de aproximadamente una hora. —Consultó sus notas—. El aeródromo se encuentra en la isla Havre-aux-Maisons, y por lo visto está comunicado con Cap-aux-Meules por un puente. Sea como sea, la policía local irá a buscarnos con un minibús, y parece ser que nos dará tiempo a tomar el primer ferry del día.

—¿Quiere decir que han partido sin nosotros?

El teniente Daniel Crozes levantó una ceja. El jefe del equipo tenía casi la misma edad que Sime, pero era un poco más alto. Estaba moreno y era un hombre muy atractivo. Misteriosamente, siempre se las arreglaba para conservar el bronceado, lo cual representaba toda una hazaña durante los largos y fríos inviernos de Quebec. Sime solía preguntarse si aquel moreno era de rayos o de bote.

—¡Ni lo sueñes! —repuso Lapointe con una sonrisa de oreja a oreja—. Es la única manera que hay aquí de moverse. Ya les dije que era capaz de hundir ese ferry si no nos esperaban. —A continuación, inclinó la cabeza hacia un lado—. Además, por lo que parece no afectará a lo planeado. Y no nos vendrá mal tener a la gente de aquí de nuestra parte.

—¿Qué es lo que sabemos de Entry, Jacques? —preguntó Crozes.

El gigante se atusó el bigote.

—No mucho, teniente. La industria principal es la pesca. La población está disminuyendo, y todos hablan inglés. No llegan a los cien habitantes, creo.

—Ahora son uno menos —replicó Crozes. Varias risitas amortiguadas siguieron a su comentario.

Sime miró hacia el otro lado del pasillo y vio que Marie-Ange también sonreía. Su cabello corto y castaño con algunos mechones rubios y su figura atlética le daban cierto aire masculino; en cambio, no había nada de varonil en sus ojos, de un color verde agua, ni en aquellos labios carnosos y rojos que enmarcaban unos dientes blancos y una sonrisa que desarmaba a cualquiera. Se dio cuenta de que Sime estaba mirándola, y la sonrisa desapareció al instante.

El sargento se volvió de nuevo hacia la ventana y sintió que se le taponaban los oídos cuando la avioneta hizo un viraje a la derecha e inició el descenso. Por un momento, la luz rojiza del sol se reflejó en el océano y lo deslumbró; luego la avioneta viró de nuevo, y Sime pudo ver por primera vez las islas de la Magdalena. Formaban un rosario de montículos de tierra unidos por carreteras y bancos de arena, dispuestos sobre un eje que iba del sureste al noreste. Por extraño que pudiera parecer, en conjunto el archipiélago tenía una forma parecida a un anzuelo, y abarcaba unos sesenta kilómetros de largo.

Mientras giraban para realizar el descenso final hacia el aeródromo de Havre-aux-Maisons, el piloto les dijo que, si miraban a su derecha, verían Entry Island, solitaria, al este de la bahía de Plaisance.

Sime la vio por primera vez, con su silueta recortada contra el sol naciente y posada en el horizonte con sus dos promontorios característicos, como si fuera una estatua caída de la isla de Pascua, casi difuminada en la neblina rosa de primera hora de la mañana que se elevaba del mar. Y, de manera bastante inesperada, sintió un escalofrío de inquietud que le recorrió la columna vertebral.

• • •